

JULIO  
MANUEL  
DE LA ROSA

CROQUIS  
A MANO  
ALZADA

LAS CAMPANAS  
DE ANTOÑITA  
CINCODEDOS

PRÓLOGO DE  
EMILIO DURÁN

**FRAGMENTO**



Parénesis

Colección Orfeo

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS  
COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA



Julio Manuel de la Rosa (Sevilla, 1935) es uno de los más sólidos narradores andaluces actuales. Además de relatos y novelas ha cultivado el ensayo y el articulismo literario colaborando en diferentes medios. Sus obras incluyen *Fin de semana en Etruria* (1972, Premio Sésamo), *Los círculos de noviembre* (2004, Premio Ateneo Ciudad de Valladolid), *El ermitaño del rey* (2007, Premio Andalucía de la Crítica), y *Guantes de seda* (2008), además de *La sangre y el eco* (1978), ya publicada en esta editorial.

www.parentesiseditorial.com

## Fragmento de muestra de

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita Cincodedos*

## PRÓLOGO

Es 16 de junio, *Bloomsday*. Pero estamos en Sevilla y hace todo el calor del mundo. Hubo años en que una entidad—más bien, alguien de esa entidad— organizaba actos en recuerdo de James Joyce. Pero esta persona tuvo otras ocupaciones y ya no se celebra nada: no hay reunión literaria ni pintas de cerveza en los *pubs* de junto a la catedral. Y es que en las orillas del Guadalquivir hace más calor que en las del Liffey, y la memoria parece que se adormece con el bochorno...

Con Julio Manuel de la Rosa ante dos pintas de espumosa:

—Sí, no sólo soy deudor de Joyce sino también de Cervantes, de Proust, Flaubert y, claro es, de Faulkner... Para mí la novela equivale a un destino, a una venganza por el hecho de vivir... Creo en la autonomía del texto, en su propia independencia.

A esta «criatura literaria» la conocí en Moguer, sin haber leído nada de su obra. Creo que yo había ido allí en busca de autorización del ayuntamiento para celebrar un recital de poesía. De esto debe de hacer unos treinta años. Comimos con el alcalde en un mesón que, como no podía por menos en semejante lugar, se llamaba La Parrala, que, como relata la copla, «unos dicen que era de Moguer y otros que era de La Palma» y, después, De la Rosa se volvió conmigo a Sevilla. Desde entonces, una buena amistad sin altibajos, consolidada posteriormente con los veranos en Sanlúcar de Barrameda. Allí, cálidas reuniones en devota comunión con la manzanilla y con esos «gusarapos» —en palabra de Cervantes— que hoy conocemos como langostinos. Reuniones por las que aparecían Caballero Bonald, Ángel González, Velázquez Gaztelu, Joaquín Márquez, Manolito Vidal y tantos otros...

El prologar dos textos de Julio Manuel de la Rosa me produce una satisfacción tan grande que pienso que he contraído una deuda de agradecimiento *sine die* con Antonio Rivero Taravillo y con la editorial Paréntesis por haber pensado en mí para esta labor tan satisfactoria.

Cronológicamente, *Croquis a mano alzada* es la más antigua de las dos novelas que se reúnen en este volumen. Fue editada por Akal en 1976 y me parece una breve obra maestra. Pese a ser la más antigua de las dos aquí reunidas, es la que he leído más tarde de todo lo escrito por el escritor sevillano y en donde, creo yo, se encuentra, contundente, su ADN literario. Después de su lectura se tiene la seguridad de haber contemplado la raíz de su quehacer. En muy pocas páginas condensa todo el magma profundo en que se alimenta su tarea de narrador. Tanto de esta obra como del otro texto aquí agrupado —*Las campanas de Antoñita Cincodados*— se ha dicho, yo creo que no como censura, sino como expresión de una frustración lectora, que resultan excesivamente breves. Y es que ante el estilo brillante —y a la vez profundo—, reflejo de una sensibilidad atormentada, que conecta con facilidad con el «lector atento», quisiera uno adentrarse en la lectura de textos de mayor extensión. No creo que se trate de tacha o defecto sino meramente estilo, modo de escritura. Julio Manuel de la Rosa es escritor —como lo son algunos atletas, me comenta— de corta o media distancia. No puedo suponer a este sevillano —verdadero *fin de race*— engolfado en la elaboración de un *Crimen y castigo* ni adentrándose en la selva de una *Montaña mágica*. El estilo —lo sabemos— es el hombre, y la brevedad o la extensión de los textos no son sino formas estilísticas que cada autor escoge de conformidad con su naturaleza. Se pueden escribir breves aforismos como Voltaire o Marcuse o grandes historias como *A la busca del tiempo perdido*, y de las dos maneras se puede hacer una obra maestra.

*Croquis a mano alzada* puede parecer, en una primera lectura, cuatro historias de amor. De amor desgraciado se entiende. Aunque, ¿hay alguno —verdadero se entiende— que no lo sea? Si se vuelve al texto con más atención —y cautela— llegamos a la conclusión de que no es sino una narración poliédrica, con cuatro caras aparentemente diferenciadas, en las que se nos ofrece —rotundo y desgarrado— el derrumbar ruinoso de la pasión amorosa. Y es que tanto el trasunto del Dante como la monja portuguesa

Beatriz Pérez del Álamo, enamorada del caballero Noel, como el joven ejecutivo que naufraga en el adulterio por mor de la joven Bice, devota de McLuhan, del idealismo hegeliano y de las drogas y que se ríe —se cachondea, diría ella— del amor platónico, no ven correspondida su pasión amorosa.

Y está Renato Mauri, de origen etrusco y heredero del Reino de la Umbría, que nos lleva a sumergirnos en ese territorio mítico que Julio Manuel de la Rosa, en textos posteriores llamará Etruria y que gracias a él podremos, en su día, recordar como la que fuera comarca sevillana del Aljarafe, que la ceguera cultural de las instituciones y la especulación inmobiliaria destruyó *ad aeternum*. Que no siempre la Humanidad avanza, que a veces en méritos de un desarrollismo suicida, se destruye lo hermoso en aras de lo útil o de lo lucrativo. Tan sólo nos quedará de ese territorio un recuerdo literario encerrado en novelas como *Fin de semana en Etruria* o *Las guerras de Etruria*.

Una sugestiva postal en blanco y negro –estilo años veinte– con una hermosa joven desnuda nos incita a acudir al fallo del Primer Certamen de Literatura Galante, de la editorial El Carro de la Nieve, lo que resulta una tentación demasiado difícil de resistir. Y fueron muchos los que acudieron el 13 de febrero de 1987 (víspera de San Valentín, patrón de los enamorados) al *pub* El Druida en el más negro corazón de Triana. En el jurado estaban Joaquín Márquez, Rafael de Cózar y José Antonio Ramírez Lozano. El que esto escribe actuaba de secretario, sin voto. En la mesa del alto tribunal –metido en una jaula– nos miraba sorprendido un magnífico conejo negro. En serio, un pedazo de conejo, que era el premio prometido al ganador, junto con la edición de la novela. Como accesorios temáticos se hallaban, dispersos entre los miembros del jurado, platillos conteniendo chochos (vulgarmente llamados altramuces), nabos, zanahorias, berenjenas y hortalizas varias de desarrollo más o menos faliforme. Un maniquí femenino, que unos grandes almacenes nos prestó con cierta reticencia, lo pusimos detrás del jurado como musa inspiradora de la equidad del fallo; maniquí ataviado con una atrevida ropa interior negra de fulgurantes vivos en rojo sangre. ¡Un numerito!

Diría que tras «laboriosas deliberaciones» se llegó al fallo. Pero no fue así, sino que las deliberaciones fueron brevísimas y no hubo dudas. Por unanimidad salió ganadora, merced a su estilo culto, giros procaces, profundidad histórica y pajolera gracia *Las campanas de Antoñita Cincodados*. Abierta la plica se identificó como autor al novelista paisano Julio Manuel de la Rosa. Como secretario del jurado contacté con el autor para notificarle el fallo y rogarle que viniera a recoger el premio, o sea que viniera a por el conejo. No recuerdo bien, pero

creo que no apareció por allí y el animalito me parece que tuvo que pasar la noche en una sórdida pensión de la Alameda.

En Sevilla se presentó la novela en *La carbonería* en el mes de mayo siguiente, corriendo el acto a cargo del también escritor Antonio Rodríguez Almodóvar, y ese mismo verano se volvió a presentar en Sanlúcar de Barrameda por el escritor Joaquín Márquez.

¿Qué dijo de ella la crítica? Dijo lo ya apuntado al comienzo de este prólogo: que Julio Manuel de la Rosa nos habla dejado «con la miel en los labios», ya que era un relato tan jugoso y divertido que cualquier lector hubiera agradecido al novelista un centenar de páginas más. Pero las cosas son como son, y aunque Lola Cintado, Pedro Barbadillo, García-Posada y Lola Domínguez ponían muy alta la calidad del texto, deploraban, sin embargo, su brevedad. Pero no podía haber sido de otra manera, ya que el autor se tuvo que ajustar a las bases del certamen que establecían un número reducido de páginas, de modo que de haberlo excedido hubiera quedado eliminado del concurso. De modo que estaba escrito que tenía que salir así esta breve obra maestra. Que si bien *La rendición de Breda* es una obra velazqueña excepcional y de grandes dimensiones, no es menos cierto que *La dormición de la Virgen* de Mantegna es un cuadro de reducidas proporciones que D'Ors hubiese salvado en un imaginario incendio del Museo del Prado.

¿Qué es lo que cuenta la vieja ramera Antoñita Cincodedos al borde de la muerte? La puta sevillana —nacida en Castilleja de la Cuesta— lo que relata no es tan sólo su vida, sino que hace una brevísima y enjundiosa radiografía de la ciudad. Desde sus comienzos de pajillera por los muelles hasta su instalación en burdel de acrisolado prestigio, sin descartar sus discretas visitas a casas en donde recibir a quienes por su prestigio o por la unción de su ministerio no podían exponerse a ser sorprendidos en comprometidas situaciones. Radiografía breve y enjundiosa de las gentes de una ciudad que de manera tan depurada guarda las formas, y en la que se puede hacer o ser lo que se quiera pero manteniendo siempre, con más o menos fortuna, una apariencia respetable.

Y a lo largo de una existencia tan asendereada también a Antoñita Cincodedos le llega el amor. Sentimiento que, desbocado, encuentra en el castellano Miguel, soldado inválido de guerra —en la «más alta ocasión que vieran los siglos»— recaudador de alcabalas, y

preso en la cárcel real que, sin despedirse de ella, sale de su existencia tras haberle dejado algunos sonetos de su invención y contado historias de un hidalgo manchego medio majara... Pasados los siglos, y tras conocer a un labriego brutal y al bien dotado moro Juan de la Exposición sevillana del 29, se enamora otra vez de un sensible Rafael que le hace soñar de nuevo en la realidad del amor. La terrible contienda fratricida del 36 le lleva a presenciar cainitas venganzas y represiones sanguinarias en las que mantiene vara alta un tal don Lisardo que quizás no sea sólo un personaje sino un tentacular monstruo que, de cuando en cuando, aparece en todas las sociedades.

¿Quién puede dejar de pensar que un buen día Julio Manuel de la Rosa, en su bucear de continuo por las estanterías del recuerdo, no encuentre algo revelador? Quizás unos cuadernos, un tanto amarillentos, en los que Antoñita Cindodados hubiese relatado a un viejo amigo –cliente también, por supuesto– sus memorias pormenorizadas y extensas, una monumental biografía de esta ciudad y de sus gentes (S.P.Q.H. «El Senado y el pueblo de Sevilla») que abarcase, quizás, desde Julio César hasta el último monterilla de barrio. Todos se lo agradeceríamos, y así lo esperamos.

EMILIO DURÁN  
Julio, 2009

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**